

La Iglesia y

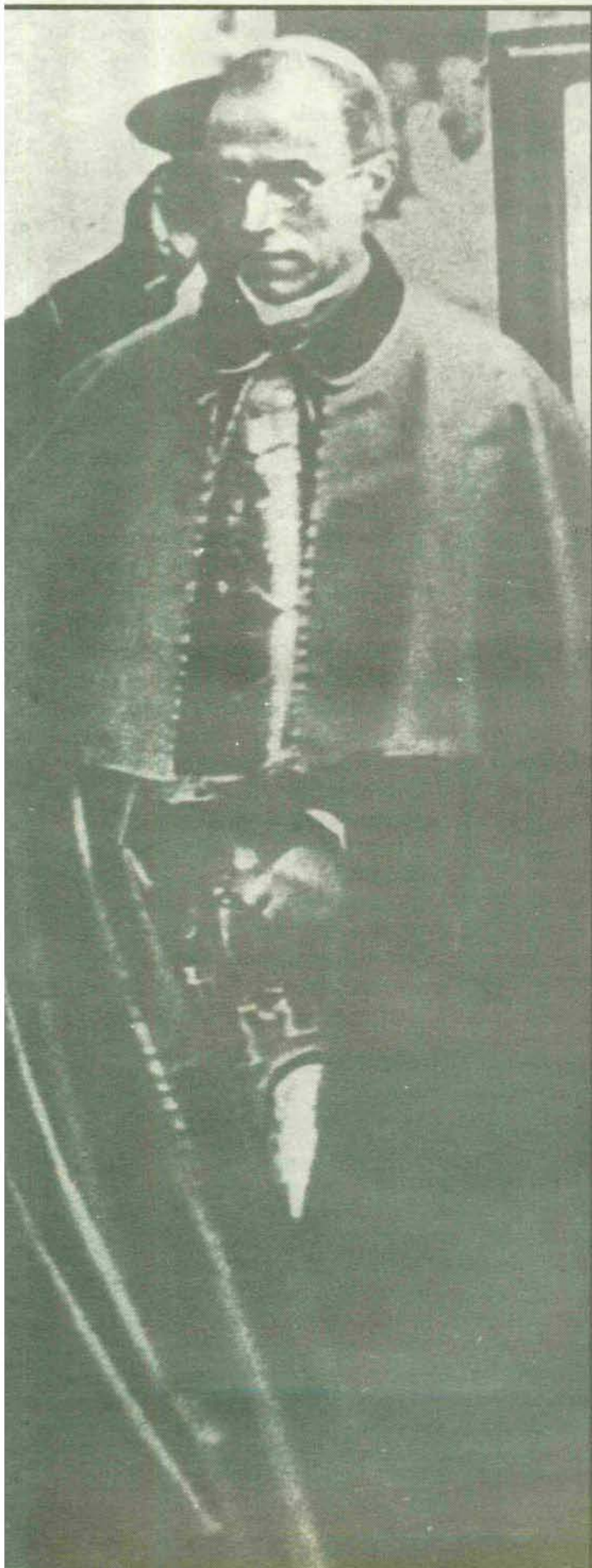


Heleno Saña

Una de las cuestiones históricas más debatidas en los últimos decenios ha sido la actitud adoptada por la Iglesia —tanto la católica como la protestante— durante el Tercer Reich. Existen dos tendencias interpretativas fundamentales: una que acusa de colaboracionismo abierto al cristianismo alemán y otra que subraya la oposición activa y pasiva de



el III Reich



◀ El Nuncio Eugenio Pacelli en 1928, en Berlín, antes de hacer una visita al Presidente Hindenburg.

*las fuerzas religiosas
contra el régimen
nazi. Con respecto
al Vaticano, existe la
misma división de
opiniones. La polémica
suscitada hace algunos
años por el dramaturgo
Rolf Hochhuth con
su obra «Der
Stellvertreter» (El
Vicario) prosigue
silenciosamente
en el seno de
la historiografía
seria.*

EL ANTICLERICALISMO NAZI

La ideología nazi no formuló nunca de una manera clara y rotunda su posición exacta frente al cristianismo. Aunque la mayor parte de militantes y simpatizantes nacionalsocialistas estaban adscritos formalmente a una de las dos Iglesias mayoritarias, el NSDAP no fue nunca un movimiento especialmente religioso. Lo predominante era la indiferencia, la arreligiosidad, el anticlericalismo, el agnosticismo e incluso el ateísmo. Entre los enemigos del cristianismo se hallaban sobre todo Himmler, Martin Bormann, Alfred Rosenberg y el propio Hitler. En una de sus conversaciones de sobremesa, Hitler dijo, en cierta ocasión: «Yo no voy a la iglesia a oír misa. Cuando sea enterrado tampoco quiero ver en un radio de diez kilómetros a ningún clérigo» (1). El anticlericalismo de Hitler no se diferenciaba del que había predominado en los escritos de Voltaire y otros ilustrados franceses. Había otros líderes nazis que sin ser beatos postulaban una política religiosa cauta y equilibrada, como Rudolf Hess y Goebbels. La hostilidad abierta contra la Iglesia estaba representada especialmente por Bormann. En una orden secreta de 9 de junio de 1941, dirigida a los Gauleiter del NSDAP (pero retirada luego), el jefe de la Cancillería y secretario del Führer decía: «La concepción nacionalsocialista y la cristiana son incompatibles. Las Iglesias cristianas se apoyan en la ignorancia de la gente y procuran mantener la ignorancia de la mayor parte de la población, pues sólo así pueden conservar su poder. Por el contrario, el nacionalsocia-

lismo se apoya en fundamentos científicos... Pero las Iglesias no deben poseer en el futuro ninguna influencia sobre la dirección del pueblo. Esta influencia tiene que ser eliminada total y definitivamente» (2).

En conjunto puede decirse que los nazis no creyentes aspiraban a la instauración de un paganismo germánico basado en el culto a la raza aria y a una serie de valores nacionalsocialistas. Estas ideas encontraron su expresión más sistemática en el libro de Alfred Rosenberg «El mito del siglo XX», publicado en 1930. Hitler se distanció en privado del libro y lo tachó de «inoportuno», pero ello no impidió que sus tesis —sin llegar a ser nunca oficiales— ejercieran una gran influencia sobre la casta dirigente nazi e, indirectamente, sobre los escolares y estudiantes, sobre todo en Prusia. El 20 de febrero de 1934, la Curia puso la obra en el Índice de libros prohibidos.

LA ACTITUD DE LA IGLESIA

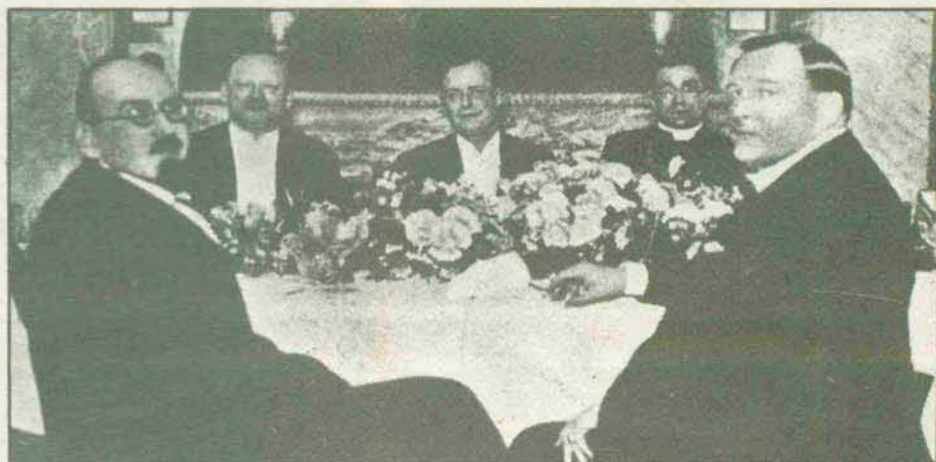
En su inmensa mayoría, los creyentes alemanes no eran

(2) Este documento, capturado por los aliados, es citado a menudo en la historiografía sobre el Tercer Reich. El texto completo es reproducido por Friedrich Zipfel en su magnífica obra «Kirchenkampf in Deutschland 1933-1945», p. 512-516, Berlin 1965.

nazis, aunque hubo incluso sacerdotes y pastores que colaboraron muy pronto con el NSDAP. Hasta las postrimerías de la República de Weimar, los católicos y protestantes alemanes más conscientes votaron generalmente a los partidos políticos confesionales como el «Zentrum», el Partido Popular de Baviera o los nacional-alemanes. Ahora bien, el primer gran éxito electoral del NSDAP, en 1930, demostró que el nazismo era capaz de atraer a grandes masas de electores religiosos.

Es un hecho evidente que el ascenso de Hitler al poder, entre 1930 y 1933, se efectuó con el apoyo de una parte considerable del electorado confesional. En el contexto de la época, esta aproximación entre cristianismo y nacionalsocialismo no puede sorprender. La ideología nazi significaba, en aspectos esenciales, el antipoda del cristianismo, pero entre ambas concepciones existían puntos de confluencia importantes, como el odio común contra el comunismo y la hostilidad hacia el socialismo, el liberalismo, la democracia y la masonería. El antisemitismo y el patriotismo exacerbado eran también dos factores que a menudo unían a ambos movimientos.

El Episcopado católico y las



En Berlín, el Nuncio Pacelli, al fondo a la derecha, asistió a un banquete del ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Dr. Stresemann, al fondo a la izquierda.

(1) «Hitlers Tischgespräche», p. 352-353, Bonn 1951.



La primera reunión del gabinete del nuevo Canciller del Reich, Adolfo Hitler (1933): sentados, de izquierda a derecha, Goehring, Hitler y von Papen; de pie, Seldte, Gerecke, von Krosigk, Frick, von Blomberg y Hugenberg.

jerarquías protestantes estaban divididos. Algunos obispos llegaron a recomendar el no ingreso en el NSDAP, pero otros se limitaron a expresar ciertas reservas religiosas, dejando mano libre a los creyentes en materia política. En todo caso, antes de 1933, ninguna de las dos Iglesias se distanció colectiva y rotundamente del nacionalsocialismo.

Existía sin duda un núcleo selecto de católicos y protestantes que rechazaban de plano el nacionalsocialismo como una ideología anticristiana y satánica, pero esta minoría, aunque de gran significado cualitativo, quedaba anegada en medio de la gran masa de católicos y protestantes que veían en Hitler el nuevo Mesías del país.

Al subir a la Cancillería, Hitler, consciente del peso específico del cristianismo como fuerza moral y política, procuró de momento adoptar una línea que tranquilizara a la

Iglesia. En sus discursos de 1 de febrero y 23 de marzo de 1933 anunció su propósito de vivir en paz con la Iglesia y de atenerse al «cristianismo positivo» proclamado por el programa del NSDAP. El 1 de febrero dijo: «El gobierno tomará bajo su protección al cristianismo como base de nuestra moral» (3). Y el 23 de marzo: «El gobierno nacional ve en ambas confesiones importantes factores para el mantenimiento de la idiosincrasia de nuestro pueblo» (4).

Por su parte, los altos dignatarios de la Iglesia católica acogieron con benevolencia al nuevo Estado. En la conferencia anual celebrada en Fulda entre finales de mayo y principios de junio de 1933, el Episcopado no dejó de criticar ciertos aspectos de la ideología nazi, pero las declaraciones a favor del nuevo régimen

(3) «Dokumente der deutschen Politik», tomo 1, p. 4, Berlín 1935, editado por Paul Meier-Beneckenstein.

(4) *Ibid.*, p. 39.

predominaban sobre los pasajes críticos. Los obispos dijeron, entre otras cosas: «Precisamente, en nuestra santa Iglesia católica, el valor y el sentido de la autoridad juegan un papel esencial... A nosotros, católicos alemanes, no nos resulta en modo alguno difícil aceptar el nuevo y fuerte acento de autoridad en el Estado alemán». A esta declaración conjunta siguieron declaraciones individuales por parte de los diversos obispos, en general de carácter apologetico. El obispo de Tréveris, Bornewasser, por ejemplo, dijo: «Con la cabeza alta y el paso firme hemos entrado en el nuevo Reich y estamos dispuestos a servirlo movilizándolo todas las fuerzas de nuestro cuerpo y nuestra alma» (5). El Vicario General de Berlín, que sustituía provisionalmente al obispo Schreiber, declaró, ante miles de católicos: «Tenemos un Reich y un

(5) «Kölnische Volkszeitung», 27 junio 1933.



La línea del NSDAP en materia de publicaciones estaba representada por la Cámara de Prensa del Reich, dependiente del Ministerio de Propaganda de Goebbels. Los periódicos católicos que no eran suspendidos directamente, tenían que someterse a la censura oficial y publicar los artículos-consigna de Goebbels, como ocurrió en la España franquista. (En la foto, Hitler, Goehring y Goebbels, y en segundo término, a la derecha de Hitler, Hess).

Führer, y a este Führer lo seguiremos fielmente y a conciencia» (6). Göring nombró al obispo de Osnabrück, Berning, miembro del Consejo de Estado de Prusia, y el obispo aceptó.

Por estas fechas estaba ya en marcha la negociación de un Concordato entre Berlín y la Santa Sede, que firmado el 20 de julio de 1933, entraría en vigor el 10 de septiembre. Si de una parte Roma creía con este acuerdo salvaguardar los intereses de los católicos alemanes, de otro lado, el Concordato significó un gran apoyo político-moral para el Tercer Reich, y demostraba que la Curia estaba muy lejos de adivinar el contenido diabólico del Estado hitleriano.

El reconocimiento del régimen por parte del Vaticano contribuyó de manera decisiva a que el Episcopado ale-

(6) «Germania», 21 agosto 1933.

mán y el clero protestante aceptasen como legítimo un sistema que, en rigor, significaba la negación más rotunda de la doctrina de Cristo y de la civilización occidental.

Los teólogos, profesores, intelectuales y publicistas empezaron de pronto a buscar paralelos entre dos movimientos que hasta entonces habían mantenido una relación distante. Entre ellos hay que citar sobre todo al profesor e historiador de la Iglesia, Joseph Lortz (7), al profesor de dogmática Michael Schmaus (8), al famoso teólogo de Tubinga Karl Adam y al teólogo Karl Eschweiler. Este último llegó a aprobar la esterilización forzosa, por lo que fue

(7) Véase Joseph Lortz, «Katholischer Zugang zum Nationalsozialismus Kirchengeschichtlich gesehen», Munster 1933.

(8) Véase Michael Schmaus «Begegnungen zwischen Katholischen Christentum und Nationalsozialistischer Weltanschauung», Munster 1934, seg. ed.



El reconocimiento del régimen por parte del Vaticano contribuyó de manera decisiva a que el Episcopado alemán y el clero protestante aceptasen como legítimo un sistema que, en rigor, significaba la negación más rotunda de la doctrina de Cristo y de la civilización occidental. (En la foto, Hitler asiste a un desfile de antiguos combatientes, en la Plaza Real de Munich, el 9 de noviembre de 1938. A la derecha de la fotografía, en primer plano, Goering, el Gran Almirante Räder y Rosenberg).

suspendido de su labor docente por Roma, hasta que se retractó. Von Papen era uno de los más decididos partidarios de una marcha en común entre católicos y nacional-socialismo, y fundó con este objeto una organización «ad hoc».

LA OFENSIVA ANTICATOLICA

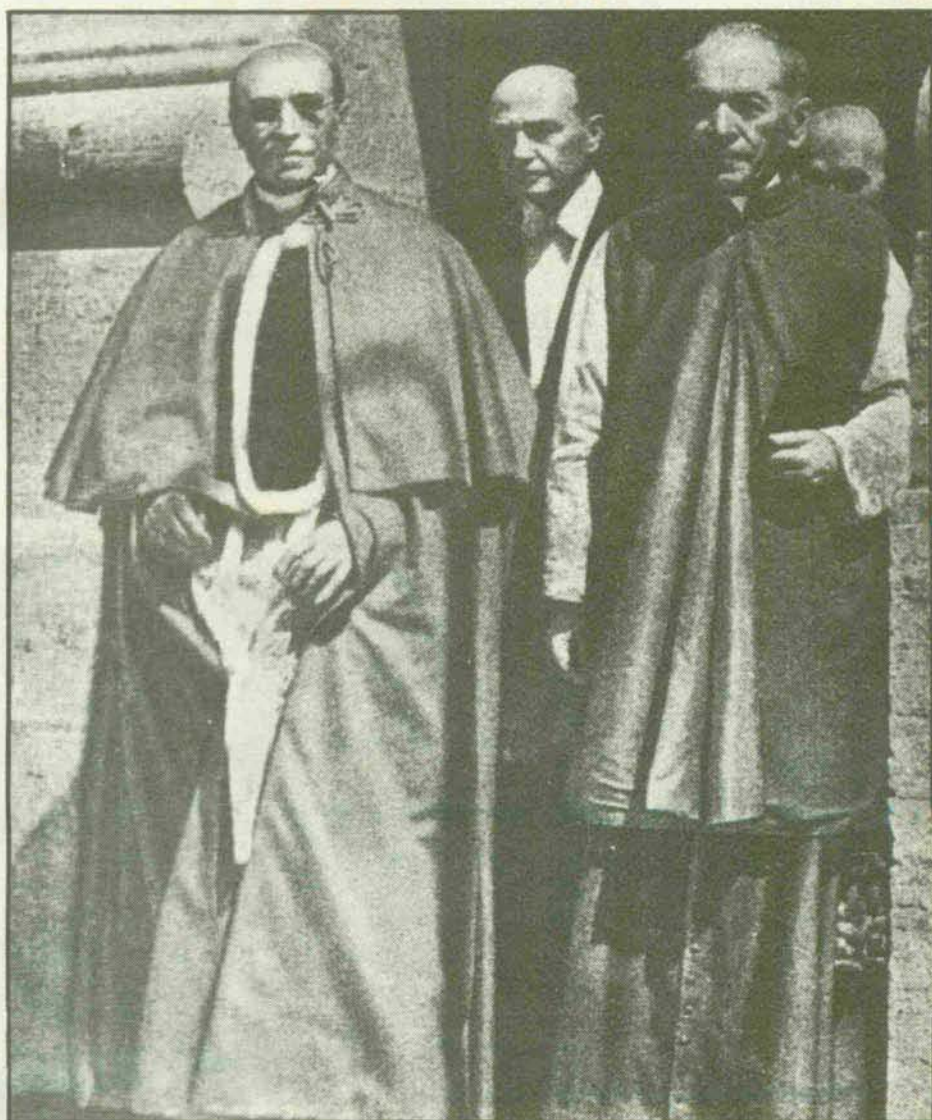
Si Hitler estableció a menudo acuerdos con sus rivales y enemigos, fue siempre para violarlos. El Vaticano no se libró tampoco de esta praxis hitleriana. La entrada en vigor del Concordato no impidió que los nazis iniciaran pronto su ofensiva contra la Iglesia católica y protestante. El Tribunal Militar de Nuremberg diría, al respecto: «En su intento de combatir la influencia de la Iglesia cristiana, cuyas doctrinas estaban en contradicción fundamental con la filosofía y la praxis nacional-socialista, el régimen nazi actuó con más lentitud. Si no tomó la decisión última de prohibir el ejercicio de la religión cristiana, año tras año fueron tomadas medidas para limitar la influencia del cristianismo sobre el pueblo alemán» (9).

Lo primero que los nazis hicieron fue disolver los partidos y sindicatos católicos. A continuación prohibieron o limitaron las actividades de la mayoría de organizaciones culturales, recreativas y seculares vinculadas al catolicismo. Una de las sociedades afectadas por estas medidas fue la Liga de la Paz de los Católicos Alemanes, que tenía 40.000 miembros y combatía la guerra. Prohibida el 1 de julio de 1933, algunos de sus líderes fueron procesados y acusados de tráfico de divisas, uno de los recursos habituales

utilizados por los nazis para desprestigiar al clero. Especialmente perseguidas fueron las órdenes religiosas, en primer lugar los jesuitas. Hacia 1935, en la prensa aparecieron noticias afirmando que el clero católico incurría a menudo en delitos sexuales. El ministro del Interior llamó a los conventos «antros de vicio».

Los nazis intentaron con toda clase de presiones y maniobras administrativas reducir la enseñanza religiosa en las escuelas. Asimismo, empezaron a incautarse de bienes eclesiásticos. Pero su ofensiva principal se dirigió contra los medios de información católicos. Lo primero que hicieron en este sentido fue obligar a la

prensa católica a prescindir de todos los colaboradores judíos y marxistas. El 4 de octubre de 1933 entró en vigor la ley sobre los directores de periódico (Schriftleitergesetz), con ayuda de la cual el Tercer Reich sometió a un control total a la prensa católica. La línea del NSDAP en materia de publicaciones estaba representada por la Cámara de Prensa del Reich, dependiente del Ministerio de Propaganda de Goebbels. Los periódicos católicos que no eran suspendidos directamente, tenían que someterse a la censura oficial y publicar los artículos-consigna de Goebbels, como ocurrió en la España franquista. El 24 de abril de 1935 se publicó un decreto



Monseñor Kaas (a la derecha de Pío XII), jefe del partido alemán del Centro (ZENTRUM), hasta 1933, descubrió los motivos ocultos de la conclusión del Concordato con Hitler.

(9) «Das Urteil von Nürnberg», p. 30 DTV Dokumente, Munich 1977.

prohibiendo a la prensa diaria publicar artículos de contenido religioso. En octubre de 1935 se prohibió a la prensa católica reproducir artículos del «*Össervatore Romano*». Durante un tiempo, la única prensa católica relativamente independiente fueron las publicaciones dominicales de los obispos. Pero aquí también, los nazis ejercieron toda clase de presiones para asfixiar las noticias hostiles e incómodas a ellos. El 1 de octubre de 1936, el ministro para Asuntos Eclesiásticos prohibió la publicación de pastorales en la prensa dominical y demás publicaciones católicas. Para salvar su existencia, la prensa católica hacía toda clase de concesiones al régimen. El Padre jesuita Friedrich Muckermann, que dirigía en Holanda una revista católica antinazi, escribió en la primavera de 1936 que la prensa católica del Tercer Reich era «un instrumento repugnante al servicio de la mentira» (10).

Los nazis lograron eliminar la mayor parte de la prensa católica. En primer lugar cayeron las principales publicaciones diarias, más tarde las revistas. En enero de 1934 existían en

(10) «*Der deutsche Weg*», abril 1936.

Alemania 435 revistas católicas, en julio de 1941 sólo quedaban 27, y en 1943 dos.

Los nazis completaban estas medidas opresivas deteniendo a los sacerdotes y seglares católicos más incómodos. Aunque en general los detenidos eran puestos en libertad poco después o condenados a penas leves, muchos de ellos fueron internados en campos de concentración y eliminados (11). No olvidemos que entre las víctimas del 30 de junio, durante la carnicería contra la SA, fueron asesinados varios dirigentes católicos muy conocidos, entre ellos el líder de Acción Católica, Erich Klausener, y Adalbert Probst, jefe de la Energía Juvenil Alemana.

Ante esas y otras medidas anticatólicas, el Vaticano no podía callar. En realidad, la Santa Sede no había dejado en ningún momento de defender por vía diplomática los intereses de los católicos alemanes. Mientras Pío XI era partidario de una línea enérgica, su se-

(11) *Sobre el destino de los sacerdotes y seglares católicos en los campos de concentración véase especialmente, de Johannes Maria Lenz, «Christus in Dachau», Viena 1957. Véase también, en un plano más general, de Eugen Kogon, «Der SS-Staat. Hay varias ediciones y trad. española.*

cretario de Estado Pacelli postulaba una actitud más diplomática y realista. En conjunto, el Vaticano cometió el mismo error que el Episcopado alemán: intentar ganarse la buena voluntad de los nazis cediendo una y otra vez a sus presiones y exigencias. Sus protestas fueron acompañadas siempre de manifestaciones de respeto y simpatía por el nuevo Estado.

El documento más enérgico y claro del Vaticano contra el Tercer Reich fue la encíclica papal «*Mit brennende Sorge*» (Con angustiosa preocupación), publicada el 14 de marzo de 1937 y leída en todas las diócesis alemanas el 21 de marzo siguiente. Pero dentro de su energía, la encíclica de Pío XI era también un texto ambivalente. Si condenaba los aspectos teóricos y anti-religiosos de la doctrina nacionalsocialista, no incluía una condena tajante y específica del Tercer Reich, ni fue seguida de una ruptura de las relaciones diplomáticas con Berlín. Más aún: en su respuesta a la nota de protesta alemana, el cardenal Pacelli subrayó que si el Tercer Reich renunciaba a su política anticlerical, no había ningún motivo para que no existieran re-



Lo primero que los nazis hicieron fue disolver los partidos y sindicatos católicos. A continuación prohibieron o limitaron las actividades de la mayoría de organizaciones culturales, recreativas y seglares vinculadas al catolicismo. (En la foto, Hitler llega a una de las concentraciones anuales del régimen nazi, en Nuremberg).

laciones amistosas entre Roma y Berlín. Con ello reafirmaba el carácter no político de la encíclica.

Pero al actuar así, el Papa no se diferenciaba de los principales estadistas europeos, que todavía por estas fechas, cuando el régimen nazi se había convertido ya en una dictadura feroz, era tratado con toda clase de consideraciones por ellos. No olvidemos la intervención nazi en la guerra de España, la capitulación moral ante Munich, en septiembre de 1938, y el pacto de Amistad entre la Alemania nazi y la Unión Soviética, en agosto de 1939.

En el interior del Reich, la encíclica papal no impidió que las jerarquías eclesiásticas prodigaran elogios desmesurados a Hitler, siempre en nombre del anticomunismo, incluso por parte de eminencias como el cardenal Faulhaber y el obispo Clemente Augusto von Galen, símbolos de la oposición episcopal contra el Tercer Reich. Al terminar la guerra civil española, von Galen publicó una pastoral bendiciendo la victoria de Franco, y por las mismas fechas, con motivo de cumplirse el cumpleaños del Führer, la prensa del cardenal Faulhaber publicó un artículo ditirámico dando las gracias a la Providencia por «haber confiado el mando de la nación a un hombre de Estado que ha sabido unificar en sus manos un poder sin precedentes históricos, librándonos con ello del destino terrible sufrido por el pueblo español durante dos años y medio» (12).

LA IGLESIA PROTESTANTE

Entre los protestantes alemanes —mayoritarios en el país— existía un sector muy

(12) «Byrische Katholische Kirchenzeitung», 16 abril 1939.



El cardenal conde de Galen, «el león de Münster».

importante dispuesto a aceptar la ideología del Tercer Reich. Esta corriente estaba representada sobre todo por los «Deutsche Christen», que con ayuda del Estado lograron adquirir pronto una clara hegemonía dentro del aparato institucional y formal de las 28 «Landeskirche» o Iglesias territoriales. El dirigente máximo del sector protestante pronazi era el obispo del Reich Ludwig Müller, asistido por el pastor Joachim Hossfelder, miembro del NSDAP y desde junio de 1933, Reichsleiter (jefe nacional) de los «Cristianos Alemanes».

El intento de nazificar totalmente a la Iglesia protestante condujo a una ola de conflictos. Un porcentaje considerable de la Iglesia protestante-luterana se opuso más o menos abiertamente a la manipulación de los Müller y su

cohorta de pastores fascistas. A partir del verano de 1933, se formó un amplio movimiento de oposición contra los Cristianos Alemanes que pretendían erigir un nuevo protestantismo alemán basado en las enseñanzas del Führer. Los núcleos opositores se rebelaron sobre todo contra el «párrafo ario» reivindicado por Müller.

La Liga Nacional de Asociaciones Parroquiales Evangélicas Alemanas, que agrupaba a más de 16.000 pastores protestantes, mantuvo en general una actitud crítica y distanciada frente al nazismo. Su presidente Klinger protestó una y otra vez contra las injusticias y arbitrariedades del NSDAP (13).

(13) Véase, como testimonio de esta actitud, «Dokumente zum Abwehrkampf der deutschen evangelischen Pfarrerschaft gegen Verfolgung und Bedrückung 1933-1945», Nuremberg, sin fecha de ed.

Los pastores antinazis se organizaron en torno a un movimiento llamado «Bekennende Kirche», término que significaba una actitud basada en la profesión de fe (bekenner) de los principios cristianos por encima de toda exigencia de carácter político. El padre espiritual de esta actitud fue el teólogo Karl Barth. Este movimiento de resistencia, visible ya en 1933, empezó a cristalizar a partir de 1934, tras la destitución de varios pastores protestantes ingratos a Müller. Los disidentes crearon una Federación de Emergencia (Notbund) dirigida por un Reichsbruderrat (Consejo Nacional de Hermanos), que empezó a funcionar desde marzo de 1934.

La personalidad más carismática y representativa de la Bekennende Kirche pasó a ser pronto el pastor Martin Niemöller, de la parroquia berlinesa de Dahlem. En febrero de 1934, Niemöller fue destituido de su puesto. Comandante de un submarino en la I Guerra Mundial, Niemöller había simpatizado al principio con el nacionalsocialismo, pero al darse cuenta de lo que significaba, se convirtió en uno de sus más enérgicos y decididos



El Dr. Pfeiffer, que salvó del terror a millares de perseguidos políticos.



Los nazis intentaron con toda clase de presiones y maniobras administrativas reducir la enseñanza religiosa en las escuelas. Asimismo, empezaron a incautarse de bienes eclesiásticos. Pero su ofensiva principal se dirigió contra los medios de información católicos. Lo primero que hicieron en este sentido fue obligar a la prensa católica a prescindir de todos los colaboradores judíos y marxistas. (En la fotografía, Hitler inspecciona la «Linea Sigfrido», en compañía de su ministro de Policía, Himmler).

enemigos. Detenido en junio de 1937 y procesado en febrero de 1938, fue internado en el campo de concentración de Sachsenhausen, más tarde trasladado al de Dachau, donde permaneció hasta el final de la guerra.

La Iglesia protestante sufrió la misma persecución que la católica: disolución de organizaciones juveniles y seculares, registros de periódicos, procesos, boicot de la enseñanza religiosa en las escuelas, prohibición o sometimiento de la prensa a las consignas oficiales, incautación de bienes, prohibición de todo acto fuera de los recintos religiosos y detenciones. El número de detenidos fue relativamente bajo. En otoño de 1937, por ejemplo, se hallaban en la cárcel o en campos de concentración

unos 70 pastores protestantes (14).

RESISTENCIA DE LA IGLESIA

Si la tónica general de las dos Iglesias fue de acatamiento y lealtad al nuevo régimen, no faltaron grupos y personalidades eclesiásticas que ofrecieron resistencia al Tercer Reich.

La oposición de la Iglesia se limitaba fundamentalmente a aquellos aspectos del nacionalsocialismo que afectaban de una manera directa a la doctrina cristiana; no era pues política —como la de los comunistas o socialdemócratas— sino confesional.

Los sacerdotes católicos y los pastores protestantes condenaban a menudo en el púlpito

(14) *Ibid.*, p. 111.

o en sus órganos informativos los principios más específicamente anticristianos de la ideología nazi, como el racismo, el antisemitismo o la eutanasia. La Gaceta del Ordinariato Episcopal de Berlín publicó entre 1934 y 1935, bajo el título de «Estudios sobre el mito del siglo XX», una serie de artículos (reproducidos por los demás obispados) contra la obra de Rosenberg del mismo nombre. En la primavera de 1935, la Bekennende Kirche publicó una obra de Walter Künneth (prologada por el obispo Marahrens) sobre el mismo tema, titulada «Respuesta al mito. La decisión entre el mito nórdico y el Cristo bíblico». En 1935, aparecieron 25 escritos protestantes y 10 católicos contra el libro de Rosenberg. El cardenal Faulhaber protestó contra el intento nazi de desjudiizar la religión cristiana y defendió la base incommovible del Antiguo Testamento. El obispo de Munster, von Galen, protestó, en nombre del quinto mandamiento, contra la eutanasia. También el obispo de Freiburg, Conrad Gröber, levantó su voz para combatir la doctrina nacionalsocialista. Pero no hubo protestas católicas o protestantes contra los campos de concentración, la persecución de la izquierda política y el clima de terror. La Iglesia atendía a sus deberes sacramentales y dogmáticos a cambio de renunciar a sus deberes morales y humanos. Las jerarquías católico-protestantes tampoco protestaron contra la política exterior de Hitler: salida de la Sociedad de las Naciones, retorno del Sarre al Reich, ocupación de la zona desmilitarizada del Rin, intervención de Alemania en la guerra de España, anexión de Austria y ocupación de Checoslovaquia. Si las jerarquías de la Iglesia

Católica y los miembros de la Bekennende Kirche no exhortaron nunca a la rebelión abierta contra el Estado, ayudaron en muchas ocasiones a los perseguidos y oprimidos, también a los judíos. Esta obra caritativa, que en general permaneció anónima, fue uno de los aspectos más nobles y humanos de la resistencia eclesiástica contra el nacionalsocialismo. Citemos en este contexto sobre todo al Padre Grüber y su Buró de Berlín, que salvó la vida a miles de judíos. Grüber fue detenido por la gestapo en diciembre de 1940 e internado en un campo de concentración. En

algunos casos, miembros de ambas Iglesias sostuvieron relación con los círculos políticos opositores y entablaron contacto con los aliados, entre ellos el prelado müniqués Adolf Müller, el jesuita Alfons Delp y el consejero consistorial Eugen Gerstenmaier. Pero esta acción conspirativa fue minoritaria. El historiador norteamericano Guenter Lewy, autor de un libro excelente sobre la problemática que nos ocupa aquí, dice: «Si por resistencia contra la dictadura nacionalsocialista entendemos no una crítica contra determinadas medidas sino una oposición fundamen-



Ernst Weizsacker (a la derecha), embajador alemán ante la Santa Sede, inició en 1944 gestiones de paz por medio del Vaticano.

tal contra el régimen, entonces la Iglesia no ofreció, como institución, ninguna resistencia» (15). Según Friedrich Zipfel, «el número de mártires entre los sacerdotes católicos alemanes fue relativamente escaso» (16). Este juicio es aplicable también al clero protestante.

LA GUERRA

A pesar de que las guerras desencadenadas por Hitler eran guerras injustas o de agresión, el clero alemán sucumbió a la propaganda oficial y se identificó esencialmente con los designios nazis. Y si algún clérigo tuvo el coraje de denunciar desde el púlpito los excesos nazis, no dejaba nunca de justificar la guerra y la necesidad de defender a la patria.

Al iniciarse la campaña de la Wehrmacht en Polonia, el Episcopado publicó una pastoral colectiva exhortando y ordenando a los católicos a cumplir su deber de soldados, y tras la rendición de Polonia, en todas las diócesis del Reich hubo el consiguiente repique de campanas en honor de la victoria. Los obispos alemanes no abandonaron su actitud probélica cuando el 21 de septiembre de 1939, el carde-

(15) Guenter Lewy, «The Catholic Church and Nazi Germany», Nueva York 1964. La cita corresponde a la p. 348 de la edición alemana.

(16) Zipfel, obra cit., p. 65.

nal primado de Polonia, Hlond, informó al Papa del terror nazi contra el clero católico de su país y Radio Vaticano y el Osservatore Romano informaron sobre estos hechos.

Hubo obispos que adoptaron una actitud crítica. En este contexto surgen los nombres del obispo von Galen, del cardenal Faulhaber y el obispo Preysing. Así, en julio y agosto de 1941, von Galen pronunció tres sermones contra el Tercer Reich. El texto de los mismos circulaba secretamente por el país, y si Goebbels no intervino fue por temor a la repercusión en el extranjero. El 13 de julio de 1941, von Galen dijo: «¡Exigimos justicia! Si este llamamiento no encuentra eco, no se restablecerá ya el reino de la diosa Justicia, y nuestro pueblo alemán y la patria, a pesar del heroísmo de nuestros soldados y sus gloriosas victorias, perecerán sin remisión víctimas de la putrefacción y la corrupción interior». Y en el último de los tres sermones exclamó: «¡Es mejor morir que pecar!» (17).

Pero aun en los casos en que los obispos adoptaron una actitud crítica, no hubo tampoco ruptura abierta con el régimen ni llamamientos activos contra el Estado nazi y la gue-

(17) Sobre la figura del obispo de Munster, véase de Max Bierbaum, «Nicht Lob, Nicht Furcht. Das Leben des Kardinal von Galen, Munster 1957.

rra. Incluso en la declaración más valiente del Episcopado alemán durante la contienda —a raíz de la Conferencia de Fulda de 1943— no faltaron las alusiones apologéticas y patrioterías a la guerra: «Recordamos desde aquí a los valerosos soldados de todos los frentes y hospitales y les damos las gracias en nombre de todo el pueblo por su elevado coraje y la infatigable energía que despliegan para rodearnos de una muralla contra el enemigo» (18). El sociólogo inglés Gordon C. Zahn anota, al respecto: «Los católicos alemanes secundaron las guerras de Hitler no sólo porque este apoyo era exigido por los líderes nazis, sino también porque sus líderes religiosos les ordenaron actuar así» (19). A diferencia de los Testigos de Jehová, que ya antes de la guerra se negaron a cumplir el servicio militar y fueron internados en los campos de concentración, los miembros de la comunidad católico-protestante acudieron al frente, no sólo los seglares, sino también miles de sacerdotes, pastores y estudiantes de Teología, actuando de sanitarios, castrenses y también soldados. Algunos de ellos fueron condecorados por su valentía ante el enemigo.

Hubo excepciones que no cabe silenciar. Citemos como símbolo de la ética cristiana irreductible y fidelidad al quinto mandamiento al sacerdote de la diócesis de Freiburg, Max Joseph Metzger, ejecutado el 14 de abril de 1944 por su oposición a la guerra. El campesino austriaco Franz Jägerstätter, padre de varios hijos, fue también ejecutado por negarse a empuñar las armas.

(18) El texto de la pastoral es incluido en la obra de Jakob Fried, *Nationalsozialismus und katholische Kirche in Österreich*, p. 213 y sig., Viena 1947.

(19) Gordon C. Zahn, «German Catholics and Kitle's Wars», p. 82, Londres 1963.



Hitler, representado como «Diocleciano ordenando la ejecución de San Castulo», en una vidriera de la Iglesia de San Martín de Landshut (Baviera).

EL SILENCIO DEL VATICANO

A lo largo de la II Guerra Mundial, Pío XII —sucesor de Pío XI desde la primavera de 1939— se abstuvo de denunciar de una manera directa, clara y oficial al régimen nazi, a pesar de que estaba perfectamente enterado del terror que el Tercer Reich ejercía en los países ocupados y en la misma Alemania. Hubo una excepción: al producirse la invasión nazi en Bélgica, Holanda y Luxemburgo, el 10 de mayo de 1940, Pío XII envió un telegrama de simpatía a los jefes de Estado de los países invadidos.

Escudándose en la tesis de la neutralidad estricta, el Papa no protestó contra los crímenes nazis, tampoco contra la deportación y exterminio de los judíos, aunque bajo mano la Iglesia tendió más de una vez la mano a los perseguidos. Pío XII se abstuvo también de llamar a capítulo a los obispos alemanes por su actitud probélica. Es cierto que su Santidad deploró públicamente en numerosas ocasiones el trato inhumano que se infligía a los prisioneros de guerra y demás víctimas de nazismo, pero sin nombrar nunca a los agresores.

Si esta actitud estaba en parte dictada quizá por la prudencia y el deseo de no romper los hilos con el Tercer Reich para poder seguir ayudando secretamente a las víctimas, en ella jugaba también un papel esencial el anticomunismo de Pío XII. El Sumo Pontífice consideraba al comunismo como más peligroso que el nacionalsocialismo, y una de sus ideas fijas —compartida por una gran parte de creyentes— era que Hitler, a pesar de sus monstruosidades, salvaba la civilización occidental deteniendo el avance del comunismo.



Es evidente que el silencio del Papa constituyó una gran decepción para todas las fuerzas humanistas y religiosas que esperaban en esta trágica coyuntura histórica una palabra clarificadora por parte del máximo representante de la Cristiandad. (Pío XII, el día 12 de marzo de 1952, décimotercer aniversario de su coronación).

El Nuncio de Su Santidad en Berlín, Orsenigo, simpatizaba abiertamente con el fascismo, y el Papa, si no compartía los mismos sentimientos, era conocido por su tradicional y profunda simpatía hacia Alemania. En todo caso, por la documentación accesible sabemos que en conjunto, el Tercer Reich, a pesar de los lamentos de Hitler y otros nazis contra la Iglesia, estaba satisfecho de la actitud de la Santa Sede con respecto al régimen nacionalsocialista. Durante una visita de Himmler a Roma, en octubre de 1942, el jefe de las SS elogió frente a

Ciano «la discreción del Vaticano» (20).

Sin que se tengan que compartir necesariamente las tesis unilaterales y simplistas de Rolf Hochhuth sobre Pío XII, es evidente que el silencio del Papa constituyó una gran decepción para todas las fuerzas humanistas y religiosas del mundo que esperaban en esta trágica coyuntura histórica una palabra clarificadora por parte del máximo representante de la Cristiandad. ■ H. S.

(20) «The Ciano Diaries 1939-1943», editados por Hugh Gibson, p. 530, Nueva York 1946.